

#### 4 LA TECNOCRACIA CONTRA LA TRASCENDENCIA

El psiquiatra Joel Kovel observó hace ya muchos años que «la tecnocracia y la trascendencia se excluyen mutuamente».<sup>36</sup> No puede haber tecnocracia sin represión de la trascendencia. Toda trascendencia es un vínculo con algo no tangible y no reificable, y eso resulta incomprensible (e intolerable) para el paradigma tecnocrático, que lo reduce todo a lo tangible, reificable, cuantificable y burocratizable. La tecnocracia es incompatible con la trascendencia, porque es incompatible con la interioridad. Y es incompatible con la interioridad porque es incompatible con lo intangible. La tecnocracia es incapaz de aceptar lo intangible.



El mundo digital pretende emular atributos tradicionales del Dios absoluto, como la omnipresencia, la omnisciencia y la omnipotencia. Todo, datos y personas, ha de ser accesible desde todas partes (omnipresencia). Todo lo que existe o ha existido ha de poder ser algún día digitalizable (omnisciencia) y manipulable (omnipotencia). En *The religion of technology*, el historiador David Noble mostraba que la tecnología no solo ha desplazado a la religión, sino que ha ocupado su

<sup>34</sup> Hannah ARENDT, *The human condition*, University of Chicago Press, Chicago, 1958, p. 253-254.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 322.

<sup>36</sup> Joel KOVEL, «Schizophrenic being and technocratic society» (en Daniel Michael LEVIN [ed.], *Pathologies of the modern self*, New York University

rol, porque hay una sed de espiritualidad en la fascinación por la tecnología:

A pesar de que en la sociedad de hoy los tecnólogos, en su sobria búsqueda de la utilidad, el poder y los beneficios, parece que marcan la pauta de la racionalidad, son también guiados por sueños lejanos, por anhelos espirituales de redención sobrenatural. [...] Su verdadera inspiración radica en otra parte, en una búsqueda persistente y trasmundana de trascendencia y de salvación.<sup>37</sup>

Una búsqueda, podemos añadir, desencaminada y vana. Algo semejante intuyó Raimon Panikkar:

El hombre occidental contemporáneo, privado de un soporte cultural y religioso tradicional, siente que vive cada vez más en un universo alienador y alienado, cuyo centro ya no es un Dios-Señor transcendental o el cosmos o ni siquiera él mismo. Privado de un punto focal espacial, intenta situar este centro en el futuro, que para muchos ha llegado a ser el símbolo moderno de la transcendencia. Todas las utopías futuristas, hoy tan al uso, no son más que los signos de esta búsqueda. (ORP I.I, 61)

De hecho, el cristianismo no es ya la religión de Europa. Cuenta más el dinero o la tecnocracia, sin la que ciertamente Europa no podría vivir. (ORP II, 529)

También Albert Borgmann observa «una conexión entre el progreso de la tecnología y el declive de la fe» y lamenta que

---

Press, Nueva York, 1987), p. 341: «This is because technocracy and transcendence are mutually exclusive. The former does not occur except through suppression of the latter.»

<sup>37</sup> David F. NOBLE, *The religion of technology. The divinity of man and the spirit of invention*, Penguin, Nueva York, 1999, p. 3.

«el progreso de la tecnología parece convertir el cristianismo en algo superfluo e irrelevante». <sup>38</sup> Esto vale para toda tradición espiritual genuina. En un mundo donde se supone que todo es calculable y controlable, y donde todo valor se reduce a la utilidad «práctica» (en términos de lo que es calculable y controlable), ¿para qué sirve la espiritualidad? Como escribía Guardini:

decae la receptividad religiosa. Con ello, repitémoslo una vez más, no nos referimos a la revelación cristiana [...], sino a la interpelación directa por el sentido religioso de las cosas, el maravillarse ante el fluir del misterio del mundo, tal como se presenta a todos los pueblos y en todas las épocas. (ENM 82 [107])

Este «maravillarse ante el fluir del misterio del mundo» (*Erfasstwerden von der Geheimnisströmung der Welt*) es incompatible con la tecnocracia. El paradigma tecnocrático, que solo entiende lo que es controlable, es necesariamente ajeno a todo «maravillarse», a todo «fluir» y a todo «misterio».



En la experiencia humana a lo largo de los siglos, siempre ha habido aspectos de la realidad que quedaban fuera de nuestro control. Un simple ejemplo es el tiempo meteorológico. Alterar qué hace el cielo queda fuera de nuestro alcance directo, pero la mayoría de las culturas tradicionales han considerado que era posible influir en él, no con herramientas, sino con el corazón y la intención, y por eso han

<sup>38</sup> BORGMANN, *Power failure*, p. 7.

desarrollado, por ejemplo, acciones rituales para propiciar la lluvia.<sup>39</sup> El paradigma tecnocrático, en cambio, ve el tiempo meteorológico como algo calculable y, por tanto, predecible y tal vez algún día controlable.

Cada vez es más habitual oír decir que «el sábado lloverá» o «el domingo hará sol» con absoluta convicción, con la misma convicción con que diríamos «el sábado es día 22» o «el domingo hay elecciones». Ello se basa en una fe ingenua en el poder de cálculo de los ordenadores. También se basa en una falta de conocimiento de la teoría del caos y otros desarrollos científicos que muestran un núcleo de impredecibilidad en el fondo de los fenómenos (cuánticos, como es sabido, pero también macroscópicos). Si tenemos suficientes datos y aparatos, es fácil predecir con un grado aceptable de aproximación el tiempo que hará mañana o en los próximos días. Pero incluso los mejores programas de previsión meteorológica cambian sus predicciones cada pocas horas, a medida que llegan nuevos datos, invalidando la predicción anterior. Cuanto más lejos miramos, más impredecible se vuelve el tiempo, por más datos y sistemas de cálculo que tengamos, porque la complejidad aumenta de forma exponencial y muchos elementos actúan de modo no lineal. Incluso las

<sup>39</sup> Cf. Seyyed Hossein NASR, *The spiritual and religious dimensions of the environmental crisis*, The Temenos Academy, Londres, 1999, p. 13: «Todas las personas religiosas que creen en la eficacia de los ritos y los realizan tienen un modo de mirar el mundo natural y su lugar en él que es muy distinto del modo materialista que nos ha llevado a la crisis ecológica. [...] Quizás el ritual más conocido, entre los que muestran una relación directa con el mundo natural, es la danza de la lluvia de los nativos norteamericanos, de la que se burlan los escépticos. [...] Por supuesto, la ciencia oficial no puede sino reírse de ello, dado que dicha ciencia ignora la *sympatheia* existente entre el ser humano y las realidades cósmicas.»

órbitas de los planetas del sistema solar, que parecían simples y perfectamente predecibles, ahora sabemos que de hecho son caóticas. Podemos calcular con toda precisión la atracción gravitatoria entre dos cuerpos, pero la atracción gravitatoria entre tres cuerpos o más es imposible de calcular con exactitud. Es lo que en mecánica celeste se denomina el «problema de los tres cuerpos»: problema que no puede resolverse no porque no tengamos suficientes datos o matemáticas suficientemente buenas, sino porque aparece un núcleo de impredecibilidad escondido en la naturaleza misma de los fenómenos.

Este núcleo de impredecibilidad debería ser evidente en los fenómenos meteorológicos para quienquiera que se preocupe de observarlos con detalle. Pero la acometida del paradigma tecnocrático fomenta la falsa creencia de que el cielo meteorológico es calculable y controlable. Si ya no vemos misterio en el cielo, ¿dónde lo veremos?



La sociedad hipertecnológica y consumista tiende a ocultar un hecho fundamental de la naturaleza humana: nuestra incompletitud, el hecho de que la persona humana no es completa en sí misma, y todavía menos lo es el individuo aislado. Dejando aparte diferencias de matiz, la tradición cristiana habla aquí de contingencia (*contingentia*) y la tradición budista de *duḥkha* ('sufrimiento', 'insatisfacción', sobre todo en sentido existencial). Ambas tradiciones (como toda tradición espiritual genuina) enseñan que la plenitud humana no nos es dada por naturaleza, sino que se ha de alcanzar a través de un camino, largo y a menudo lleno de obstáculos, que lleva a lo que estas

tradiciones llaman, respectivamente, salvación o despertar (*bodhi*; *buddha* no significa otra cosa que ‘despierto’).

La sociedad hipertecnológica y consumista no nos lleva, obviamente, a la salvación o al despertar. No nos lleva porque nunca habrá un lugar de llegada con suficiente tecnología y consumo para que no queramos ya más. No nos lleva a la salvación o al despertar, pese a que uno de los aspectos más seductores de la publicidad es su promesa de plenitud e, implícitamente, de salvación. Promesa falsa, pero siempre latente en el anuncio, en el nuevo objeto de consumo y en el más reciente avance tecnológico.

Lo que tradicionalmente se ha entendido en el cristianismo como contingencia y necesidad de salvación, y en el budismo como *dubkha* y necesidad de despertar, queda eclipsado por la deslumbrante eclosión de «novedades»: los nuevos aparatos relucientes y las nuevas posibilidades que nos presentan, como si se tratara de una revelación, una revelación de plástico y de chiribitas. Esta revelación no revela, sino que vela: al ocultar la contingencia y la insatisfacción, al hacer nos creer que basta con consumir y acumular, encubre un rasgo fundamental de la condición humana. Y aquí está el problema. Aparte de los usos e impactos (en los ecosistemas, en la salud o en las relaciones sociales) que una tecnología o un artículo de consumo puedan tener, su acumulación y omnipresencia crean un velo que nos impide percibir nuestra interioridad, una pantalla que oculta quiénes somos, una red que nos enreda.



A mediados del siglo XX Romano Guardini, ante los desarrollos tecnológicos que ya entonces empezaban a condicionar la vida humana, se planteaba lo siguiente:

Ahora bien, aquí surge la pregunta de si una vida constituida de este modo es posible a la larga. ¿Tiene el sentido que ha de tener para que pueda seguir siendo considerada una vida humana? (ENM 83 [108])

A través de los tiempos y las culturas, la condición humana se ha considerado una encrucijada de dos caminos divergentes: expresándolo en términos tradicionales de la cultura occidental, tenemos la opción de elevarnos hacia lo angélico o de degenerar hacia lo brutal. La disyuntiva entre lo angélico y lo brutal hoy se vuelve disyuntiva entre sentirse plenamente humano (lleno de vida y de espíritu) o sentirse máquina (la brutalidad se está mecanizando cada vez más). La naturaleza humana sigue teniendo que escoger entre un modelo de elevación y otro de degeneración: la disyuntiva, cada vez más, es entre la naturaleza angélica (o búdica, despierta) y la naturaleza robótica.

Hay dos caminos, el de la interioridad y el de la reificación. Hay dos modelos, el de los ángeles y el de los robots. Son modelos incompatibles, son caminos divergentes.

Hay que escoger.